



ACADEMIA BLOODWING



NO ES UNA ESCUELA. ES UN CAMPO DE BATALLA.



SANGRE
DE
DRAGÓN

BRIAR BOLEYN

ACADEMIA BLOODWING

SANGRE
DE
DRAGÓN

BRIAR BOLEYN

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

 Planeta

1

MEDRA



Autumno

Diez meses antes

Las hojas cambiaban ya de color cuando me encontró; se disipaban los últimos vestigios del verano cuando comenzó mi cautiverio. Había perecido derrotando a un dios corrupto en mi mundo. Me había sacrificado para salvar a mis seres queridos. Me había precipitado a la muerte de buena voluntad. Me había marchado sin remordimientos. Y confiaba en que el final fuese el final.

El destino era cruel.

Tomé la primera bocanada de aire mientras el alma se me sacudía con violencia dentro del cuerpo, como si le costara creer que aquel fuese su lugar antes de asentarse incómoda, como si hubiera aceptado a regañadientes que estuviéramos allí atrapadas juntas. Pero ¿dónde nos encontrábamos? Aquello no era mi mundo, no era Aercanum. Lo notaba en el aire mismo. Hedía a hierro y ceniza. Sangre y muerte.

Dejé escapar un gruñido, cambié el peso de lado y el movimiento me produjo una corriente de dolor por la espalda. Algo me retenía las piernas. Volví a agitarme y, esa vez, miré hacia abajo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Lo que me retenía las piernas no era algo, sino alguien.

Tenía una persona muerta encima que me impedía moverme. Respiré hondo para calmarme, pero solo conseguí empeorar aún más la situación cuando el olor a descomposición me inundó las fosas nasales. Me entraron arcadas. Capté un sonido sutil, y luego otro. Agucé el oído para descifrar los murmullos amortiguados. Pisadas sobre suelo duro. Venía alguien.

Me incorporé y empujé el cuerpo pesado que me había caído sobre las piernas, luchando por liberarme. ¿Debía pedir ayuda? ¿O confiar en que pasarían de largo sin percatarse de mi presencia? Las voces se acercaban.

De repente, vi con el rabillo del ojo una silueta que brincaba por la montaña de cadáveres como una comadreja gigante. Era un hombre menudo y enjuto con una sonrisita que le dejaba al descubierto una fila de dientes amarillos como de roedor.

Me quedé inmóvil con la esperanza de que pensara que no era más que otro cadáver del montón. Pero ya era demasiado tarde. Debía de haber captado mi movimiento antes de que yo lo viera. Con un veloz salto de rata, se colocó encima de mí y me inmovilizó.

Me llegó el hedor de su aliento rancio cuando me acercó el rostro y me olisqueó largo rato, a conciencia.

—¡Barnabás!

La voz restalló en el aire como un látigo. Alta. Grave. Impo- nente. El hombre que tenía sentado a horcajadas encima de mí se quedó de piedra, con la cara dominada por la indecisión.

—¿Sí, señor? —Su voz se convirtió en el siseo de las serpientes, detestable y solapado.

—¿Qué has encontrado?

Una inhalación. Tenía la cara del hombre muy cerca de la oreja. Inhaló de nuevo, deleitándose con mi olor como si fuera la fragancia de un vino insólito. Luego vi horrorizada como

sacaba la lengua, roja y hedionda. La carne retorcida se me acercaba al cuello.

—Barnabás. —La voz era más áspera—. Te he hecho una pregunta y espero una respuesta rápida.

La lengua volvió a ocultarse en la boca del hombre rata. Vi la decepción en sus ojos cuando respondió de mala gana.

—Esta está viva.

Una pausa.

—Imposible. Los demás están muertos. Este sitio lleva días ardiendo.

En los ojos del hombre llamado Barnabás percibí un brillo que no me hizo ni pizca de gracia. Contuve el aliento mientras nos mirábamos, y luego él sonrió.

—Y, sin embargo, esta está viva, mi señor. Y huele... —Olisqueó de nuevo el aire como un chucho hambriento, y me estremecí—. Exquisita.

Me acercó otra vez la boca al cuello y grité, levantando las manos para empujarlo justo en el momento en que vi el brillo de unos dientes afilados.

—Apártate de ella —gruñó el otro hombre, su señor. Tenía una voz agresiva, amenazadora. Me esforcé por calcular qué edad podía tener. Era más joven que Barnabás, pensé—. Ni se te ocurra probarla. Ni olerla. Es una orden. Tráemela ahora mismo.

Barnabás gimoteó de una manera tan sutil que solo lo oí yo, como un perro que se resiste a la correa de su dueño.

—Solo un mordisquito. Solo un mordisquito, preciosa —susurró—. Qué bien hueles, mejor de lo que nunca ha estado a mi alcance. Cuando se haya apoderado de ti, no te soltará. No volveré a tener una oportunidad contigo.

Separó los labios y aparecieron dos colmillos largos y afilados. De hecho, jamás le había visto unos colmillos tan largos a

ningún hombre ni tampoco a ninguna mujer. Los enseñó como un lobo, y comenzó a acercar el rostro a mi cuello.

Sentí que me invadía el pánico. Me sacudí y levanté los brazos para golpearlo. Él me sorprendió con su velocidad y fuerza, y me obligó a bajarlos casi al instante. Yo nunca me había sentido tan débil. No tenía claro si era por mi llegada a aquel lugar o por el calvario que la había precedido. Seguí forcejeando y percibí su frustración mientras trataba de retenerme. Con el rostro justo sobre mi cuello, tenía ya los colmillos muy cerca. Cerré los ojos y tensé el cuerpo entero ante el inevitable ataque.

Pero, en cambio, se oyó un ligero crujido. Noté que se me mojaba la cara y abrí los ojos. Aunque el cuerpo de Barnabás seguía encima de mí, la cabeza había desaparecido.

Sofoqué un grito, me incorporé y eché el cadáver a un lado, viendo rodar la cabeza decapitada por la montaña de muertos con un virote incrustado en el cráneo.

Me pasé el brazo por la cara tratando de limpiarme la sangre de aquel gusano. Y entonces caí en la cuenta de que estaba inoportunamente desnuda.

—Levántate. Baja aquí.

Apreté los dientes. Por lo visto, estaba a punto de sustituir a un captor por otro. Y ese no parecía tan quejumbroso.

—¡Prefiero quedarme aquí! —grité—. Continúa por tu camino. No necesito ayuda.

Se produjo un breve silencio, y entonces oí un estallido de voces. El hombre no iba solo. Era evidente que mis palabras habían sorprendido al grupo de personas que lo acompañaban.

—Silencio. —Las voces se extinguieron—. No era una petición —dijo la misma voz—. Pero si vuelves a negarte a obedecer mis órdenes, enviaré de buen grado a uno de mis hombres para que te arrastre hasta aquí.

Me puse de pie despacio y oí exclamaciones que provenían

de abajo, bien por la sangre de Barnabás que me cubría, bien por la sorpresa de ver el cuerpo desnudo de una mujer. Casi todos eran hombres, de modo que la segunda opción era la más probable. Levanté la mano para protegerme los ojos del sol tímido que asomaba entre las nubes. Enfoqué la vista y divisé una hilera de soldados, algunos de pie, otros a caballo. Todos llevaban una armadura negra y roja peculiar.

Delante de ellos, un hombre montaba un corcel negro y sostenía una ballesta en las manos. Examiné el arma con interés. Debía de ser muy potente si era capaz de decapitar de un solo disparo. Luego alcé la vista hacia el rostro del hombre y cualquier pensamiento sobre la ballesta desapareció de mi mente. Era deslumbrante. Todo ángulos afilados y tez pálida. Letal y seductor. También era mucho más joven de lo que había imaginado. Debía de tener mi edad.

Aquel hombre me había salvado la vida y había matado a uno de los suyos para protegerme. Con todo, mientras observaba la expresión arrogante de sus atractivos rasgos y la mueca cruel de sus labios finos, no sentí gratitud alguna. Unos cabellos dorados le enmarcaban la mandíbula angulosa. Tenía una complexión esbelta, elegante y musculosa. Sin embargo, algo en él indicaba que había sido un niño frágil y escuálido.

Uno de sus rasgos destacaba por encima de los demás: la nariz aguileña. Estaba fuera de lugar; era demasiado puntiaguda, demasiado grande. Se alejaba demasiado de la perfección. Y, a pesar de ello, le otorgaba un aspecto aún más aristocrático, acentuaba su expresión altanera, complementaba los ángulos delicados de los pómulos y la mandíbula, y se sumaba a su aspecto lobuno. Algunas personas lo habrían descrito como poco atractivo.

No era ni mucho menos mi tipo; yo los prefería robustos, de pelo negro. Y, sin embargo, no podía negar que tenía algo espe-

cial: una sensación de poder apenas contenido y una astucia peligrosa que hervían bajo la superficie de su fachada de control estricto.

Mientras bajaba tambaleándome por la montaña de cadáveres putrefactos, él se apeó del caballo. Con la ballesta en la mano izquierda, echó a andar hacia mí. Caminaba con los aires de quien no está acostumbrado a que cuestionen su autoridad. Le brillaban los penetrantes ojos grises, y sentí que me escudriñaba de pies a cabeza. Sus ojos se detenían en cada palmo de mi piel, despojándome de todo pudor. Dio un paso hacia mí y olisqueó el aire de una forma que por desgracia me recordó a Barnabás. Capté un aroma a manzanas verdes que emanaba de él, justo antes de tomar conciencia de la situación y dar un salto atrás. Más tarde pensaría en aquello. Olía a fresco, nada que ver con Barnabás o los cuerpos en descomposición.

Con todo, no soportaba más la mirada que me repasaba de arriba abajo.

—Eso, tú no te cortes, mírame todo lo que quieras. —Me eché la larga melena por encima de un hombro y me desconcertó notar cómo caía sobre la piel desnuda—. Te aseguro que será la última vez que lo hagas.

Un soldado audaz se rio con estridencia en algún punto de la hilera. Sonreí hacia los hombres, retándolos a que volvieran a reírse.

Un solo gesto serio de su joven comandante los silenció al instante. El joven hizo una mueca.

—Solo intentaba entender la extraña fascinación de Barnabás. Tu olor es absolutamente repulsivo, aunque supongo que es lo que tiene estar tumbada entre un montón de cadáveres.

Se volvió hacia uno de los soldados.

—Traedle ropa. —Chasqueó los dedos—. No, bien pensado, dale tu capa. Quítatela. Ahora mismo.

Vi al soldado abrir los ojos como platos.

—Pero, mi señor, mi príncipe —susurró el hombre mirándome de reojo—. Ya habéis visto lo que es. El pelo... Lleva la marca...

¿Era un príncipe? Sin duda el aire altivo parecía indicarlo.

—Sé lo que es —respondió el comandante—. Mejor que tú, desde luego. Ahora entrégale la puta capa. Nos la llevamos con nosotros.

El soldado se apresuró a desabrocharse la capa y lanzármela. La atrapé agradecida, tratando de ignorar la expresión de sus ojos. Miedo o repulsión, no sabría decir.

—Aunque seas un príncipe, estás muy equivocado si crees que voy a ir contigo a ninguna parte —declaré mientras aceptaba la capa y me la echaba sobre los hombros—. Gracias por la capa, pero ya buscaré la forma de salir de este lugar y volver a casa.

Una parte era verdad, al menos. Aquello no era mi hogar. Dudaba que me fuera posible volver allí alguna vez, pero sí que podría marcharme de aquel infierno en el que había caído. Al cabo de un instante, deseé no haber abierto la boca.

El joven comandante había montado en su caballo y me observaba con desdén. Me fijé en que no solo tenía la nariz aguileña, sino torcida, como si se le hubiera roto alguna vez, quizá en más de una ocasión. Había algo en él que me impedía apartar la mirada. Sus ojos se clavaron en los míos con una actitud de desaffo silencioso.

—Ay, si eso dependiera de ti... Pero no es el caso. De todas formas, si planeas complicar más las cosas... —Le hizo un gesto a otro soldado—. Búscale unas prendas de ropa en condiciones. Y luego átalas.

Y eso hicieron.

Cabalgamos hacia una ciudad en una extraña procesión de soldados y caballos. Yo caminaba tambaleándome frente al corcel del comandante, con las muñecas encadenadas, pisando un terreno irregular. Notaba los ojos del príncipe clavados en mí, y el deleite frío cuando me veía tropezar y cojear. Ya había desarrollado una repulsión honda hacia mi nuevo captor, pero había conseguido no volver la cabeza y mirarlo. Ni una sola vez. No obstante, al final él me habló:

—¿De dónde eres?

Lo ignoré.

—Te he hecho una pregunta. Salta a la vista que no eres de aquí. Así que, dime, ¿de dónde eres? ¿Qué hacías allí?

Oí el restallido de un látigo y me estremecí.

—Que no te lo tenga que volver a preguntar.

Me mordí el labio para contener la risa histérica que me brotaba de dentro. ¿Se atrevería aquel hombre a azotarme? A mí, que hasta hacía poco había sido princesa de Camelot y fae de la realeza.

Pensé que tal vez lo más conveniente fuese responder. No con la verdad, por descontado.

—No lo sé —mentí.

No se me ocurriría contarle que me había precipitado desde otro mundo tras acabar con mi propio abuelo, que podría haber sido o no lo más cercano a un dios que existía allí. Y, además, lo que hubiera utilizado para lograr tal hazaña no parecía haberme acompañado hasta el lugar donde me encontraba. Me estaba costando reconocerlo del todo, pero lo cierto era que... me sentía débil. Extrañamente vacía. ¿Me atrevería a decirlo? Mortal.

Con todo, había algo en mí que les había llamado la atención a los soldados. Habían dicho que era diferente. ¿Qué era lo que me hacía destacar entre los demás?

—¿Por qué me lleváis con vosotros? ¿Soléis abordar a las mujeres inocentes que encontráis por los caminos?

Guardó silencio un momento.

—Hablas como si no supieras quién soy. ¿Qué hacías en aquel lugar?

—Me perdí —contesté despreocupadamente—. Y no. No sé quién eres. ¿Es que debería? Es decir, aparte de saber que eres un capullo.

Gruñó como si lo hubiese ofendido, pero no levantó el látigo.

—Me resulta increíble que de verdad puedas ser tan ignorante. Aunque supongo que pronto descubrirás todo lo que debes saber —dijo enigmático—. Ay, joder —lo oí mascullar.

Alcé la vista y vi a un soldado corriendo hacia nosotros. De complexión pequeña y frágil, llevaba en la cara unos cristales redondos con armadura de alambre. Anteojos. Se los había visto antes a algún noble de mi hogar. Lo observé con curiosidad y él me devolvió la mirada, como si no diera crédito.

—Mi príncipe —jadeó—. Me han informado de que habíais encontrado... —Me examinó con atención—. A una mujer interesante.

—Podría decirse que sí —contestó el príncipe con desgana—, pero no es tan interesante, Lucius. De hecho, es bastante anodina.

Ignoré la pulla.

—Pero ese pelo... —resolló el soldado que se llamaba Lucius—. El color... es increíble. Algo de otro mundo, mi señor.

¿Otra vez con lo mismo? Así que era mi pelo. Me llevé la mano a la cabeza. Me habían contado que mi madre, una fae, lo tenía de un morado intenso, aunque yo no le había visto jamás el cabello; murió al dar a luz. En comparación con ella, el mío parecía haberse quedado en un rojo óxido apagado. Al mirarme en el espejo por la noche, había pensado muchas veces en el

color de las zanahorias. En aquel momento tenía los rizos enredados y tupidos. Aún encadenada, intentaba tirar de ellos con los dedos, pero era inútil. Necesitaba un cepillo, un peine. Y un baño caliente. Se me escapó un sutil gemido de los labios ante la idea de estar limpia y fresca.

—Príncipe Drakharrow, ¿tenéis idea de lo que significa esto? —susurró Lucius levantando un poco la voz. Yo había empezado a considerarlo una suerte de secretario. Sin duda era lo bastante lamebotas—. Debéis llevarla a la corte. Si hasta podría ser...

—Hablares sobre eso más tarde —lo interrumpió el príncipe comandante—. Ya he mandado un mensajero para que se nos adelante —reconoció, casi a regañadientes.

Percibía una tensión en su voz que me hizo pensar que sabía a la perfección a qué se refería el otro hombre. Simplemente no quería hacerlo ver. Aún no. ¿Por qué? ¿Qué pasaba conmigo?

—Una noticia excelente, mi señor. Magnífica. Sabía que podía contar con vuestra sabiduría. —Noté la mirada penetrante del hombrecillo lamebotas—. No me puedo ni imaginar el revuelo que armará. Miradla, mi príncipe; tiene el pelo verdaderamente... Bueno, rojo.

—Sí, ya lo veo, Lucius —replicó el príncipe Drakharrow—. Tengo ojos. Pelo rojo. Eso es indiscutible. Bueno, pues la llevamos de vuelta con nosotros. La corte investigará el significado de su aparición y zanjará el asunto. Es todo muy tedioso. Nos obliga a regresar antes de tiempo sin terminar con la investigación de la aldea. Pero, ¿qué remedio? Vivo para servir. —Casi lo oía poner los ojos en blanco del fastidio.

—Perdonadme. ¿Os estoy aburriendo? —le espeté volviéndome hacia él. Tiré de las cadenas—. Supongo que esto es un día normal para vos, paseando a gente encadenada.

Él me ignoró.

—Muy bien. Como digáis, señor —se apresuró a decir el secretario soldado, que también ignoró mi arrebato, no sin antes lanzarme una mirada de sorpresa—. Es un honor acompañaros de vuelta con una prisionera tan prestigiosa.

—¿A quién llamas prisionera, imbécil? —rugí, dándome la vuelta para mirar al hombre de frente.

El secretario ahogó un grito, retrocedió y tropezó con una piedra; a punto estuvo de caer al suelo.

Detrás de mí, Drakharrow se rio con disimulo. Era la primera señal que me había dado de que pudiera ser humano. Me volví hacia él y lo atravesé con la mirada.

—Procura no perder el equilibrio, Lucius —dijo el joven señor con indiferencia—. No es más que otra sangrepútrida, no un unicornio.

—¡Al contrario! ¡Quizá sea mucho más importante que cualquier criatura mitológica de la que hablan las leyendas! —chilló Lucius mientras abría los brazos para recuperar el equilibrio—. Aunque, por supuesto, existe una relación entre...

—Esta conversación está empezando a hastiarme. Mira. —El hombre rubio señaló al frente—. Nos aproximamos a la ciudad. El asunto se zanjará pronto.

Lucius se escabulló sin dejar de murmurar para sus adentros con emoción. Miré delante de mí, hacia donde señalaba el príncipe, y contuve la respiración. Habíamos llegado a la cima de una alta colina. A nuestros pies se extendía una ciudad.

Yo provenía de un castillo que flotaba en el cielo. Había recurrido a magias poderosas para derribarlo y matar a quienes lo habitaban; algo que se me antojaba ya muy lejano, imposible. Y, a pesar de las maravillas de las que había sido testigo, podía decir con sinceridad que nunca había visto nada como lo que aparecía ante nosotros.

La ciudad era de una escala mucho más pequeña de lo que

esperaba, pero eso no le restaba opulencia ni grandiosidad. Descansaba a la orilla de un mar indomable y oscuro cuyas aguas tumultuosas rompían sobre playas de arena blanca. Más allá de los límites de la ciudad, tres gigantescos puentes de hierro la conectaban con tres islas rocosas. En la primera isla, encaramada como un nido blanco sobre un acantilado negro, se alzaba una edificación hecha de piedra brillante. Relucía hacia las alturas cual perla luminosa, recortada contra las agitadas olas grises y un cielo que se oscurecía deprisa. Su centro lo ocupaban agujas altas y estrechas, y estaba rodeada de gráciles y esbeltas columnas. En la segunda isla, las torres y los arcos de un castillo de intenso color ónice se retorcían hacia el cielo con formas y ángulos que parecían imposibles, y que me hicieron pensar en los colmillos afilados de una gran bestia de piedra. La tercera y última isla albergaba el edificio más grande de todos y, a juzgar por su aspecto, el más antiguo. Parecía haber surgido de una mezcla de épocas y estilos, y tenía aspecto de castillo o de gran fortaleza. La edificación se extendía como una tela de araña a partir de un conjunto de seis torres, cada una de un material y diseño distintos. Solo el color ofrecía alguna sensación de continuidad en el edificio, fuera este lo que fuese. Todos los materiales utilizados eran de un tono carmesí oscuro, casi negro.

Me esforcé por mantener una expresión impassible, tratando de no revelar mis impresiones. Si mi captor podía fingir aburrimiento, yo también.

—¿Qué es eso? —pregunté procurando aparentar indiferencia—. ¿Cómo se llama esa villa?

—¿Villa? —Percibí una nota de ofensa en su voz—. No estamos ante una simple villa.

Me encogí de hombros.

—Pues ciudad. ¿Qué más da?

—¿Que qué más da?

Para sorpresa mía, lo oí desmontar a mi espalda y, al cabo de un momento, se colocó a mi lado y seguimos caminando juntos.

—Eso, chiquilla, no es una villa, sino la capital de Sangratha. —Notaba sus ojos clavados en mi rostro—. Para ser sincero, si eres una espía de las tierras fronterizas, no la he visto peor en mi vida. ¿Cómo es posible que no conozcas Veilmar?

—Ah, ¿es que capturas a muchos espías? —Lo miré de arriba abajo, deteniéndome en su capa negra y su impecable armadura—. No tienes pinta de ensuciarte las manos.

—No sabes nada de mí, como ya hemos comprobado —replicó.

Ladeé la cabeza.

—Sé que eres noble; que estás acostumbrado a dar órdenes, no a obedecerlas, y a que los demás satisfagan tus caprichos, en lugar de esforzarte por conseguir lo que quieres. Diría que sé suficiente.

Él guardó silencio.

—El hombre que has matado, Barnabás —me aventuré a decir—. Había algo raro en él.

El príncipe se rio.

—Quiero decir, aparte de lo evidente —le espeté—. Los dientes. Los tenía... largos. Creo que estaba a punto de... morirme.

El hombre de pelo pajizo soltó una carcajada.

—¿Eso crees?

—No sé qué te hace tanta gracia sobre... —empecé a decir, y luego me detuve.

Me miraba con una fría sonrisita de suficiencia. Era la primera vez que lo veía sonreír, si es que aquello lo era. Con los labios apenas separados, distinguí que sus colmillos eran aún más largos que los de Barnabás, y que terminaban en unas puntas afiladas y delicadas.

—Colmillos —musité sin dar crédito—. Tienes colmillos.

Él hizo una mueca.

—No me digas que no has oído hablar de los altasangres en el lugar del que provienes o me creeré de verdad que has caído del cielo. O que te has dado un buen golpe contra una piedra.

—Entornó los ojos—. ¿No será que has bebido demasiado?

Con la mano, me dio unos golpes firmes en la cabeza.

—¡Ay! No he bebido nada, idiota —exclamé.

—Todo lo idiota que quieras, pero quien no tiene nada en la mollera eres tú. —Negó con la cabeza.

—Una vez leí un fragmento de un libro que... —empecé.

—Ah, que sabes leer. No tengo palabras.

Lo ignoré.

—Hablaba de criaturas de dientes afilados que bebían sangre. No podían caminar a la luz del día. Atacaban por la noche, y dejaban secas a sus víctimas. Vivían mucho tiempo.

Lo miré de reajo. En aquel momento, habría dado lo que fuera por que me dijera que el libro se equivocaba.

—Bueno, tres de cinco, no está mal —apuntó—. Caminamos sin problema a la luz del día, como puedes ver. —Señaló hacia el sol de la tarde, que ya menguaba, y que había salido de detrás de las nubes—. Y gozamos de vidas largas.

—Pero... ¿os bebéis a la gente? —Lo miré fijamente, tratando de ocultar el terror de mi voz—. ¿Bebéis sangre?

Él esbozó una sonrisa lenta y cruel.

—Somos vampiros. Es lo que hacemos, sí.

—¿Y qué? ¿Me conduces de vuelta con los tuyos para que me sequen?

Se llevó los brazos a la cabeza e intenté apartar los ojos de los músculos que se le marcaban por debajo de la capa negra.

—Puede ser. ¿Quién sabe lo que harán contigo? Aunque debes saber que es un honor que te sequen.

No sabía si estaba bromeando, pero lo dudaba.

—Eres un monstruo.

Él sonrió.

—Por favor, basta, me hieres los sentimientos, sangrepútrida.

—Como si tú tuvieras de eso —le espeté.

—Estás en lo cierto. Son una debilidad, de modo que carezco de ellos.

—¿Por qué tenéis que llevarme con vosotros? ¿Por qué no me habéis dejado en paz donde me habéis encontrado?

Él torció los labios.

—¿Sobre una montaña de cadáveres? Y yo que pensaba que te estábamos haciendo un favor...

Levanté las muñecas.

—Ay, sí, ojalá que todos los hombres fueran tan caballerosos como tú —comenté con sarcasmo haciendo entrechocar las cadenas—. Me mata tanta amabilidad.

El príncipe frunció la boca.

—Muchas mujeres suplicarían por encontrarse en tu lugar. Tal vez no caminando por una senda polvorienta, pero...

—No me interesa oír tus repugnantes hazañas sexuales —lo interrumpí poniendo cara de asco—. Guárdate tus bravatas para tus hombres. Seguro que a ellos no les importa que les cuentes las historias que te inventes sobre las mujeres que has atado a la cama.

—No necesito inventarme ninguna historia —replicó aparentemente ofendido.

Me eché el pelo por encima del hombro, pero no dije nada. Noté como me examinaba la melena pelirroja un instante. Al cabo, dijo:

—Me has preguntado por qué te llevamos con nosotros. Bueno, ya has oído a Lucius.

—¿Es por el pelo? Un motivo bastante ridículo.

Él resopló.

—Estoy de acuerdo.

Lo miré.

—¿En serio? Bueno, pues entonces... deja que me vaya.

—Por desgracia, hay más cosas en juego que mi preferencia por el color del pelo. Puede que a mí tus mechones del color del óxido me resulten antiestéticos —dijo con malicia—, pero no estamos hablando de mis gustos personales.

—Doy gracias a las estrellas —mascullé—. No tengo deseo alguno de que me encuentres atractiva. Mi señor.

Dejé que las dos últimas palabras rezumaran sarcasmo, pero él me ignoró.

Tras unos instantes, tuve que preguntarle:

—Vale. ¿Y qué más, aparte del pelo? Me has llamado sangrepútrida. ¿Qué significa eso?

Él se volvió hacia mí.

—Todos los mortales sois sangrepútridas. Salta a la vista que no eres vampira. Pero hay... diferencias. Tampoco eres una mortal cualquiera. Tus orejas, por ejemplo, no son normales.

Me llevé un dedo a la parte superior de la oreja y toqué la punta. Me fijé en la suya.

—Tú las tienes redondeadas.

—Como todos nosotros —contestó señalando a los soldados que teníamos delante—. No había visto jamás unas orejas como las tuyas. Llamen la atención.

—¿Y ya está? ¡Mira que haber nacido con el pelo rojo y las orejas raras! ¿Eso es motivo suficiente para secuestrarme? —pregunté empezando a levantar la voz.

—Hay algo más —dijo despacio, sosteniéndome la mirada, antes de repasarme con los ojos el cuerpo. En ese momento, y muy a mi pesar, me ruboricé—. Otros aspectos de tu apariencia.

Me puse nerviosa.

—¿Como qué?

—Además, no te he secuestrado —continuó, y se volvió para montar de nuevo en su caballo. Por lo visto, la conversación estaba a punto de terminar—. Para empezar, en ningún momento has sido dueña de ti misma.

Me quedé boquiabierta.

—¿Perdona?

—Pertenece a Sangratha. Pertenece a cualquier altasangre que considere oportuno utilizarte. Como ha dicho Lucius, es un honor que se fije en ti uno de los de la Sangre Bendita. —Sonrió apretando los labios—. Deberías sentirte honrada.

Sangratha. Por lo visto, era el nombre de aquellas tierras.

Una parte de mí sentía la necesidad de hacerle otras preguntas a aquel supuesto príncipe. Como el significado de los lugares que había frente a nosotros en las tres islas. ¿Qué eran? ¿Íbamos de camino hacia allí? Pero decidí que nuestra discusión hostil ya había durado demasiado. Me humedecí los labios, cuarteados tras horas de caminar sin agua ni descanso, y continué avanzando en silencio.

Mientras bordeábamos la ciudad de Veilmar, no tardó en hacerse evidente cuál era nuestro verdadero destino: la isla del centro. El castillo de ónice.